

PLATERO Y YO

Juan Ramón Jiménez, 1914

ACERCA DEL LIBRO

“Suele creerse que yo escribí *Platero y yo* para los niños, que es un libro para niños. No. Yo nunca he escrito ni escribiré nada para niños, porque creo que el niño puede leer los libros que lee el hombre, con determinadas excepciones que a todos se les ocurren.” Extracto del *Prologo* escrito por el autor

“Empecé a escribir *Platero* hacia 1906, a mi vuelta a Moguer después de haber vivido dos años con el jeneroso Doctor Simarro. El recuerdo de otro Moguer, unido a la presencia del nuevo y mi nuevo conocimiento de campo y jente, determinó el libro. Entonces, yo iba mucho por el pueblo y vi muchas cosas tristes.

“Primero lo pensé como un libro de recuerdos del mismo estilo que *Las flores de Moguer*, *Entes y sombras de mi infancia*, *Elejías andaluzas*. Yo paseaba en soledad y compañía con Platero, que era una ayuda y un pretexto, y le confiaba mis emociones. Adolescente, yo prefería mi caballo Almirante. Luego, cuando se compró para mí la finca de Fuentepiña, preferí el burro para andar por el campo. Yo no iba sobre el burro, el burro me acompañaba.

“Muchas personas me han preguntado si Platero ha existido. Claro que ha existido. Platero es el nombre general de una clase de burro color de plata. En realidad, mi *Platero* no es un solo burro, sino varios, una síntesis de burros plateros. Yo tuve de muchacho y de joven varios. La suma de todos mis recuerdos con ellos me dio el ente y el libro.

En “1912, Francisco Acebal, que leyó alguno de mis manuscritos de *Platero*, me pidió una selección para su Biblioteca de Juventud. No es, pues, *Platero*, como tanto se ha dicho, un libro escrito sino escojido para los niños. Ahora lo tengo ordenado en tres partes: Primer Platero, Platero mayor, Último Platero.”
Borrador de un prólogo reproducido por Ricardo Gullón en *Platero revivido*

La primera edición de *Platero y yo* se publicó en la Navidad de 1914 como volumen de la Biblioteca de la Juventud, de la editorial La Lectura, dirigida por el mencionado Acebal. Contó con sólo 64 de los 136 textos, que fueron seleccionados y (re)ordenados por la editorial, si tener en cuenta el criterio del autor. En enero de 1917, la Biblioteca Calleja publicó una nueva edición, ésta ya completa y en el orden preferido por JRJ. Además, se añadieron dos nuevos capítulos: *Platero de cartón* (Madrid, 1915) y *A Platero, en su tierra* (Moguer, 1916).

A continuación: *Análisis parcial del contenido y Extractos de la obra*. Los números entre paréntesis corresponden a la paginación de Ediciones Cátedra, 1988.

ANÁLISIS PARCIAL DEL CONTENIDO

La mujer

Después del burro Platero, soliloquio disimulado del autor, la mujer, como hembra, es la principal agonista de la obra: “Anilla la Manteca, cuya fogosa y fresca juventud fue manadero sin fin de alegrones” (18); “Una mujer joven, desordenada y ansiosa” (20)...

JR ve mujeres en los animales, en las plantas, en las cosas: “Platero viene a mí tan limpio que parece una muchacha desnuda” (39); “Platero dobló sus manos, y, como una mujer, se arrodilló” (47); Lord, un foxterrier, “era blanco, pleno como un muslo de dama” (51); “Las grandes higueras centenarias, cuyos troncos grises enlazaban, como bajo una falda, sus muslos opulentos” (9); “Un claro y sano racimo de ámbar, brillante como la mujer en su otoño” (90); Los fuegos artificiales, “cuya esbeltez caía como una doncellez desnuda que se doblara de espaldas” (76); “No creo que mujer desnuda alguna pueda poner su cuerpo con la llamarada. ¿Qué cabellera suelta, qué brazos, qué piernas resistirían la comparación con estas desnudeces ígneas?” (111).

A veces, la mujer es apenas atisbada tras la ventanilla de un tren que pasa: “¡Breve cabeza rubia, velada de negro!” (62). O acechada tras los visillos: “Ventanas con una muchacha en camisa que se peina, descuidada, cantando” (21). Incluso, imaginada: “Graneros donde el amor violento hace, redondo, ciego y cerrado, de las suyas” (21).

Con frecuencia, la mujer no lo es todavía: “Una niña, rota y sucia, con el empuje de su pechillo en flor” (37); “La muchacha, derramada en su abundante desnudez de cobre entre el desorden de sus andrajos” (33); “La chiquilla del carbonero, bonita y sucia, reventando sangre los labios prietos entre la tizne” (44); “Al hablarle yo, Antoñilla se encendió toda. Corrió un punto y se escarranchó sobre Platero, dejando colgadas a un lado y otro sus duras piernas que redondeaban, en no sospechada madurez, los círculos rojos y blancos de las medias bastas... Oía a lirio, a agua, a amor” (89).

Los animales

Los pájaros son un síntoma de alegría: “¡Libre concierto de picos! La golondrina riza su gorjeo, silba el mirlo, la oropéndola charla, el chamariz ríe y los gorriones discuten desaforadamente” (25). También los insectos contribuyen a la algarabía: “El canto del grillo se exalta, llena todo el campo, es cual la voz de la sombra” (69); “La chicharra sierra su olivo” (42); “La chicharra sierra un pino” (65). O ponen un toque lírico: “Mariposas blancas” (2).

Pero, sobre todo, es el sufrimiento de los animales el que conmueve a JR: La yegua del Sordo “era tan vieja y tan torpe. No veía, ni oía, ni apenas podía andar... Él, irritado, la quería echar a palos. No se iba. Entonces la pinchó con la hoz. Acudió la gente y entre maldiciones y bromas, la yegua salió, calle arriba, cojeando, tropezándose. Los chiquillos la seguían con piedras y gritos... Al fin, cayó al suelo y allí la remataron” (108). El burro viejo, “¿Quién lo deja ahí al pobre, sin guía y sin amparo? Ha debido salirse del moridero. Cojo de todas las patas, yo creo que

no nos oye ni nos ve, ajeno a la belleza prodigiosa del día de invierno. ¡Qué traba la de la vejez! Ya lo ves... Lo he querido empujar y no arranca... Parece que la agonía lo ha sembrado en el suelo... Se va a morir de frío esta noche... No sé cómo irme de aquí; no sé qué hacer, Platero” (113). Los burros del arenero van “lentos, caídos, con su picuda y roja carga de mojada arena, en la que llevan clavada, como en el corazón, la vara de acebuche verde con que les pegan” (130). El potro castrado, “¡Pobre nube vana, rayo ayer, templado y sólido! Iba como un libro descuadernado” (15). “El pobre [perro sarnoso] andaba siempre huido, acostumbrado a los gritos y a las pedreas” (27). “Me parece que esta vez se han equivocado las pobres golondrinas. ¡Se van a morir de frío, Platero!” (13).

Sólo hay un pasaje en el que JR reconoce haber participado del maltrato a una tortuga: “De niños hicimos con ella algunas perrerías; la columpiábamos en el trapecio; la teníamos días enteros boca arriba... Una vez, el Sordito le dio un tiro para que viéramos lo dura que era” (87).

Los niños crueles

¿De dónde les viene la crueldad a los niños? Puede que inculcada por los adultos: “Yo trato a Platero cual si fuese un niño. Lo beso, lo engaño, lo hago rabiar” (43). Quizá no debiera meterlo todo en el mismo saco. El engaño y la rabieta no son parte de la buena educación. Un chiquillo desvergonzado dice que JR es “¡maj tonto que Pinitooo!” (94); otros gritan a su paso: “¡El loco! ¡El loco!” (7); y JR se aleja “entre las lejanas maldiciones de los chiquillos violentos” (32), esos que tiran piedras contra todo: “Los chiquillos rompían todas las noches la farola del zaguán y la campanilla” (117); se divertían “tirándole rodrigones y piedras” a un burro (31); o a Pinito, el tonto del pueblo, que “iba corriendo casi en cueros por la calle Nueva, en una mañana de agua, apedreado por los chiquillos” (94).

La Iglesia

“Desde niño tuve un horror instintivo a la iglesia” (125). A JR no le gusta el cura, que va “tirando palabrotas y guijarros a los chiquillos. Nunca oí hablar más mal a un hombre ni remover con sus juramentos más alto el cielo. Cada día, las piedras todas del huerto [eran] disparadas, en furiosa hostilidad, contra pájaros, lavanderas, niños y flores” (24). Tampoco guarda un buen recuerdo de “Doña Domitila –de hábito de Padre Jesús de Nazareno- [que] te pondría dos horas de rodillas en un rincón del patio, o te daría con su larga caña seca en las manos, o se comería la carne de membrillo de tu merienda, o te pondría un papel ardiendo bajo el rabo” (6). O de Lipiani, que “con el pretexto de la hermandad en Dios, hace que cada niño reparta con él su merienda, y así se come trece mitades él solo” (98).

Por eso, procura mantener las distancias: “Todos se han ido al pueblo para ver la procesión. ¡Qué paz! ¡Qué pureza! ¡Qué bienestar!” (68); “Todos se han ido a misa. Nos hemos quedado en el jardín los gorriones, Platero y yo. ¡Los gorriones! ¡Benditos pájaros sin fiesta fija! Con la libre monotonía de lo verdadero, nada les dicen aquellas campanas. Sin esos olimpos y esos avernos que extasían o amedrentan a los pobres hombres esclavos, sin más moral que la suya, ni más Dios que lo azul, son mis hermanos. Un alegre ejemplo de amor sin rito” (63).

Lo divino

Pero su alejamiento del clero no lo aparta del Cielo: “Salgo al huerto y canto gracias al Dios del día azul” (25); “De las siete galerías del Paraíso se creyera que tiran rosas a la tierra. Parece, mientras suena el Angelus, que esta vida nuestra pierde su fuerza cotidiana” (10); “Tu mano, grana como el corazón de Dios perenne” (138); “Dios está en su palacio de cristal. Quiero decir que llueve. En cada diamante, un cielo, un palacio de cristal, un Dios. Mira cuán bello es el arco iris que sale de la iglesia y muere a nuestro lado” (118); y cuando estalla la tormenta, “tímido, el espanto mira a Dios, que se alumbra trágicamente. ¡Ángelus! Un Ángelus duro y abandonado solloza entre el tronido. ¿El último Ángelus del mundo?” (71).

JR es cielista: “Pienso en el niño tonto, que desde la calle de San José se fue al cielo” (17); “¡Mira cuánta estrella! Se diría el cielo un mundo de niños, que le están rezando a la tierra un encendido rosario de amor ideal” (120). La muerte de la niña chica le hace exclamar: “¡Qué lujo puso Dios en ti, tarde del entierro! ¡Cómo resonaba la campana de vuelta en el ocaso abierto, camino de la gloria!” (81). Cubiertos por un manto celestial, los niños dejan de ser canallas y se convierten en ángeles: “La niña, con su hábito de la Virgen de Montemayor, parecía un ángel que cruzaba el pueblo” (46). Incluso Platero, durante la procesión del Corpus, “rebuzna, y el rebuzno se le diviniza” (56). Canonizado en tierra, “La tierna humildad del burro cargado empieza a parecer divina” (107), Platero muerto también sube al cielo y goza de un alma inmortal: “Estás ahora en el prado del cielo y llevas sobre tu lomo peludo a los ángeles adolescentes” (135); “Tu alma, que ya pace en el Paraíso” (136); “A ti que vives en lo eterno” (138). Con los pájaros, en cambio, JR no lo tiene tan claro: “El canario ha amanecido hoy muerto. ¿Habrá un paraíso de los pájaros?” (83).

Los gitanos

“Los chiquillos gitanos, aceitosos y peludos” (7), no tienen trazas de ir al cielo y andan por ahí “tirados en todo su largor, como tienden los perros cansados el mismo rabo. La chiquilla, pelos toda, pinta en la pared alegorías obscenas. El chiquillo se orina en su barriga. El hombre y el mono se rascan, aquél la greña y éste las costillas” (33); “Oye qué lamentables palabras van diciendo [esas tres viejas]. Son gitanas” (36); Los gitanos llegan a Moguer: “¡Ya estarán temblando los burros de la Friseta, sintiendo a los gitanos! Yo estoy tranquilo por Platero, porque para llegar a su cuadra tendrían los gitanos que saltar medio pueblo” (110); “Pienso en lo que habría sido del pobre Platero si hubiese caído en las de uno de esos gitanos astrosos que pintan los burros y les dan arsénico y les ponen alfileres en las orejas para que no se les caigan” (114).

La autoridad

JR siente la misma reserva ante el gitano que ante su adversario: “Desde niño tuve un horror instintivo a la guardia civil” (125). Ya en la segunda estampa, describe al vigilante de Consumos como “un hombre oscuro, con una gorra y un pincho, roja un instante la cara fea” (2). Y luego, “el guarda, que en un arranque de mal corazón había sacado la escopeta, disparó contra [el perro sarnoso]. No tuve tiempo de evitarlo” (27).

La fiesta

A JR le gustan las fiestas que se celebran en familia, como la de los Reyes Magos: “¡Qué ilusión, esta noche, la de los niños! Pusimos en el balcón los zapatos de todos. Ahora, vamos a vestirnos con sábanas y colchas y sombreros antiguos. Y a las doce pasaremos en cortejo de disfraces y de luces, tocando almireces, y trompetas. Seré Gaspar” (122). Rechaza, en cambio, la fiesta callejera: “Están matando a Judas. No creo que haya quedado escopeta en el pueblo sin disparar a Judas. Cada hombre descarga su escopeta cobarde esta mañana del Sábado Santo contra el que tiene su odio” (8); “Del pueblo en fiesta vienen agrios vales nostálgicos en el viento suave” (73); el enlace de dos viudos da lugar a tres días de chacota con monigotes alegóricos a la pareja: “Detrás, todos los chiquillos tocando latas, cencerros, peroles, almireces, gangarros, calderos” (109).

No le gusta la fiesta nacional: “Desde niño tuve un horror instintivo a los toreros” (125); “Todo el pueblo está conmovido con la corrida. La banda toca desde el alba ante las tabernas. Da pena ver a los muchachos andando torpemente por las calles, oliendo a cuadra y a aguardiente” (70). Ni las peleas de gallos: “No sé a qué comparar el malestar aquel. Olía a vino nuevo, a chorizo de regüeldo, a tabaco... Y en el rayo ancho del alto sol, los pobres gallos se despedazaban, cogiéndose los ojos, clavándose los odios de los hombres, rajándose del todo con los espolones con limón... o con veneno” (58). Ni el circo: “Los pobres animales, a fuerza de hablar tonterías por boca de los fabulistas, me parecían odiosos. Luego, cuando vi en los circos animales amaestrados, la fábula, volvió a surgir como una pesadilla desagradable de mi adolescencia” (125). Ni la celebración ruidosa de los fuegos artificiales: “Para septiembre, en las noches de velada, quemaban los fuegos. Platero, cada vez que sonaba un estallido, se estremecía. Cuando, como remate, subía al cielo constelado la áurea corona giradora del castillo, poseedora del trueno gordo, que hace cerrar los ojos y taparse los oídos a las mujeres, Platero huía entre las cepas, como alma que lleva el diablo, rebuznando enloquecido” (76). Ni el carnaval: “Platero se viene a mí trotando y llorando. Como yo, no quiere nada con los Carnavales... No servimos para estas cosas” (126).

Indeciso, una vez más, en su juicio (pocos escritores tan volubles de ánimo y criterio), en otra ocasión se posiciona a favor del jolgorio con expresiones como “... si el diablo no agua la fiesta” (124).

MÁS SOBRE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ EN

[Bálsamo, elixir, arma: la palabra](#)

PLATERO Y YO

(Elegía andaluza)

1907-1916

A la memoria de Aguedilla,
la pobre loca de la calle del Sol que me mandaba moras y claveles

Advertencia a los hombres que lean este libro para niños: Este breve libro estaba escrito para... ¡qué sé yo para quién!... para quien escribimos los poetas líricos...

El Poeta, Madrid, 1914

1. Platero

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro. Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco por dentro, como de piedra. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

2. Mariposas blancas

Un hombre oscuro, con una gorra y un pincho, roja un instante la cara fea por la luz del cigarro [quiere saber lo que el autor lleva en el serón. Es un vigilante de Consumos, encargado de controlar los géneros introducidos en la población].

–Vea usted... Mariposas blancas

3. Juegos del anochecer

Los niños pobres juegan a asustarse, fingiéndose mendigos. Entre tanta negrura, una niña forastera, con voz débil, hilo de cristal acuoso en la sombra, canta entonadamente, cual una princesa: Yo soy laaa viuditaaa del Condeeee de Oréé...

4. El eclipse

La frente sintió el aleteo de la sombra fresca. Alrededor, el campo enlutó su verde, cual si el velo morado del altar mayor lo cobijase. Los que estábamos en [las azoteas] mirábamos el sol con todo: con los gemelos de teatro, con el antejo de larga vista, con una botella, con un cristal ahumado. Al ocultarse el sol, todo lo dejaba solo y pobre. ¡Qué tristes y qué pequeñas las calles, las plazas, la torre, los caminos de los montes! Platero parecía, allá en el corral, otro burro...

5. Escalofrío

La luna viene con nosotros, grande, redonda, pura. Platero, no sé si con su miedo o con el mío trota, entra en el arroyo, pisa la luna y la hace pedazos. Es como si un enjambre de claras rosas de cristal se enredara, queriendo retenerlo, a su trote.

6. La miga

[Jardín de infancia al que asistió JR entre los cuatro y los seis años de edad.]

Si tú vinieras, Platero, a la miga, sabrías más que el médico y el cura de Palos. Pero aunque no tienes más que cuatro años, ¡eres tan grandote! ¿En qué sillita te ibas a sentar tú? Doña Domitila –de hábito de Padre Jesús de Nazareno- te pondría dos

horas de rodillas en un rincón del patio, o te daría con su larga caña seca en las manos, o se comería la carne de membrillo de tu merienda, o te pondría un papel ardiendo bajo el rabo. No, Platero, no. Vente tú conmigo. Yo te enseñaré las flores y las estrellas. Y no se reirán de ti como de un niño torpón.

7. El loco

Cuando cruzo las últimas calles, los chiquillos gitanos, aceitosos y peludos, corren detrás de nosotros, chillando largamente: -¡El loco! ¡El loco!

8. Judas

¡No te asustes, hombre! Es que están matando a Judas. No creo que haya quedado escopeta en el pueblo sin disparar a Judas. Sólo que Judas, hoy, es el diputado, o la maestra, o el recaudador, o el alcalde; y cada hombre descarga su escopeta cobarde esta mañana del Sábado Santo contra el que tiene su odio.

9. Las brevas

Bajo las grandes higueras centenarias, cuyos troncos grises enlazaban en la sombra fría, como bajo una falda, sus muslos opulentos, dormitaba la noche. [Guerra de brevas entre JR y dos niñas, Rociillo y Adela.] Más que nunca por la boca comimos brevas por los ojos, por la nariz, por las mangas (...) Un doble reír, caído y cansado, expresó desde el suelo el femenino rendimiento.

10. ¡Angelus!

Mira, Platero, qué de rosas caen por todas partes. ¿Sabes tú, quizás, de dónde es esta blanda flora, que yo no sé de dónde es? De las siete galerías del Paraíso se creyera que tiran rosas a la tierra. Parece, Platero, mientras suena el Angelus, que esta vida nuestra pierde su fuerza cotidiana...

11. El moridero

Tú, si te mueres antes que yo, no irás Platero mío, en el carrillo del pregonero, a la marisma inmensa, ni al barranco del camino de los montes, como los otros pobres burros que no tienen quien los quiera. Vive tranquilo, Platero. Yo te enterraré al pie del pino grande y redondo del huerto de la Piña, que a ti tanto te gusta. Y, todo el año, los jilgueros, los chamarices y los verdones te pondrán, en la salud perenne de la copa, un breve techo de música...

12. La púa

Platero ha empezado a cojear. Me he echado al suelo. Le he doblado la mano y le he mirado la ranilla roja. Una púa larga y verde, de naranjo sano, está clavada en ella como un redondo puñalillo de esmeralda. Estremecido del dolor de Platero, he tirado de la púa; y me lo he llevado al arroyo de los lirios amarillos, para que el agua corriente le lave, con su larga lengua pura, la heridilla. Después, hemos seguido hacia la mar blanca, yo delante, él detrás, cojeando y dándome suaves topadas en la espalda.

13. Golondrinas

Me parece que esta vez se han equivocado las pobres golondrinas. La primavera tuvo la coquetería de levantarse este año más temprano, pero ha tenido que guardar de nuevo, tiritando, su tierna desnudez en el lecho nublado de marzo. [Las golondrinas] no saben qué hacer. ¡Se van a morir de frío, Platero!

14. La cuadra

Al mediodía el techo viejo llueve claras monedas de fuego. Diana, que está echada entre las patas de Platero, viene a mí, bailarina, y me pone sus manos en el pecho, anhelando lamirme la boca con su lengua rosa.

15. El potro castrado

¡Qué ágil, qué nervioso, qué agudo fue, con su cabeza pequeña y sus remos finos! Lo esperaban cuatro hombres. Tras una lucha áspera y breve, lo tiraron sobre el estiércol y, sentados todos sobre él, Darbón cumplió su oficio, poniendo un fin a su luctuosa y mágica hermosura... Quedó el potro, hecho caballo, blando, sudoroso, extremado y triste. ¡Pobre nube vana, rayo ayer, templado y sólido! Iba como un libro descuadernado.

16. La casa de enfrente

¡Qué encanto siempre, en mi niñez, el de la casa de enfrente a la mía! Primero, en la calle de la Ribera, la casilla de Arreburra. La hija de Arreburra me daba azamboas^(*) y besos... Después, en la calle Nueva, la casa de don José, que me deslumbraba con sus botas de cabritilla de oro.

(*) Fruto del azamboero, variedad de cidra muy arrugada

17. El niño tonto

Era uno de esos pobres niños a quienes no llega nunca el don de la palabra ni el regalo de la gracia: niño alegre él y triste de ver; todo para su madre, nada para los demás. Un día, cuando pasó por la calle blanca aquel viento negro, no vi ya al niño en su puerta. Ahora que viene la primavera, pienso en el niño tonto, que desde la calle de San José se fue al cielo. Estará sentado en su sillita viendo el dorado pasar de los gloriosos.

18. La fantasma

La mayor diversión de Anilla la Manteca, cuya fogosa y fresca juventud fue manadero sin fin de alegrones, era vestirse de fantasma. Daba espanto la visión sepulcral, pero, al mismo tiempo, fascinaba con no sé qué de plenitud sensual. Nunca olvidaré aquella noche de septiembre. La tormenta palpitaba sobre el pueblo como un corazón malo. De pronto, un espantoso ruido seco, como la sombra de un grito de luz que nos dejó ciegos. La pobre Anilla, vestida de fantasma, estaba muerta, aún encendido el farol en su mano negra por el rayo.

19. Paisaje grana

Ahí está el ocaso, todo empurpurado, herido por sus propios cristales, que le hacen sangre por doquiera. Platero, granas de ocaso sus ojos negros, se va a un charquero de aguas de carmín, hunde suavemente su boca en los espejos, que parece que se hacen líquido al tocarlos él; y hay por su enorme garganta como un pasar profundo de umbrías gotas de sangre.

20. El loro

Estábamos en el huerto de mi amigo, el médico francés, cuando una mujer joven, desordenada y ansiosa, llegó hasta nosotros. Antes de llegar, avanzando el negro ver angustiado a mí, me había suplicado: "Zeñorito: ¿ejtá ahí eze médico?" Tras ella venían ya unos chiquillos astrosos; al fin, varios hombres que traían a otro, un cazador furtivo [al que] una absurda escopeta vieja amarrada con tomiza, se le había reventado, y el cazador traía el tiro en un brazo. Mi amigo se llegó, cariñoso, al

herido, y le fue tocando huesos y músculos. De vez en cuando, me decía: “Ce n’est rien”. [Y su loro lo repetía cada vez que el herido se quejaba.]

21. La azotea

¡Qué encanto el de la azotea! Se domina todo: el cementerio, donde a veces llega, pequeñito, apretado y negro, un inadvertido entierro de tercera; ventanas con una muchacha en camisa que se peina, descuidada, cantando; el río, con un barco que no acaba de entrar; graneros, donde un músico solitario ensaya el cornetín, o donde el amor violento hace, redondo, ciego y cerrado, de las suyas...

22. Retorno

Veníamos los dos, cargados, de los montes: Platero, de almoraduj^(*); yo, de lirios amarillos. Caía la tarde de abril. Todo lo que en el poniente había sido cristal de oro, era luego cristal de plata. Después, el vasto cielo fue cual un zafiro transparente, trocado en esmeralda. Yo volvía triste... Retorno... ¿adónde?, ¿de qué?, ¿para qué?...

(*) Mejorana, sándalo, planta labiada

23. La verja cerrada

[Cuando era niño iba a la bodega del Diezmo, una de las cuatro bodegas de su familia.] En mis sueños, con las equivocaciones del pensamiento sin cauce, la verja daba a los más prodigiosos jardines, a los campos más maravillosos.

24. Don José, el cura

Creo que lo viste un día en su huerta, tirando palabrotas y guijarros a los chiquillos que le robaban las naranjas. Nunca oí hablar más mal a un hombre ni remover con sus juramentos más alto el cielo. El árbol, el terrón, el agua, el viento, la candela, todo esto tan gracioso, tan blando, tan fresco, tan puro, tan vivo, parece que son para él ejemplo de desorden, de dureza, de frialdad, de violencia, de ruina. Cada día, las piedras todas del huerto reposan la noche en otro sitio, disparadas, en furiosa hostilidad, contra pájaros, lavanderas, niños y flores.

25. La primavera

En mi duermevela matinal, me malhumora una endiablada chillería de chiquillos. Sin poder dormir más, me echo desesperado de la cama. Entonces, me doy cuenta de que los que alborotan son los pájaros. ¡Libre concierto de picos! La golondrina riza su gorjeo, silba el mirlo, la oropéndola charla, el chamariz ríe y los gorriones discuten desafortadamente. ¡Cómo está la mañana! El sol pone en la tierra su alegría de plata y de oro. Por doquiera, el campo se abre en estallidos, en crujidos, en un hervidero de vida sana y nueva. Salgo al huerto y canto gracias al Dios del día azul.

26. El aljibe

Míralo; está lleno de las últimas lluvias. No tiene eco, ni se ve, allá en su fondo, el mirador con sol. Tú no has bajado nunca al aljibe, Platero. Yo, sí. Tiene una galería larga, y luego un cuarto pequeñito... Todo el pueblo está socavado de aljibes y galerías. La galería de la Iglesia se abre al campo, junto al río. La que sale del Hospital nadie se ha atrevido a seguirla del todo, porque no acaba nunca.

27. El perro sarnoso

El pobre andaba siempre huido, acostumbrado a los gritos y a las pedreas. Los mismos perros le enseñaban los colmillos. Y se iba otra vez, lento y triste, monte abajo. Aquella tarde, el guarda, que en un arranque de mal corazón había sacado la

escopeta, disparó contra él. No tuve tiempo de evitarlo... Un velo parecía enlutecer el sol; un velo grande, como el velo pequeñito que nubló el ojo sano del perro asesinado.

28. Remanso

Déjame ver este remanso bello que no veo hace tantos años... Este remanso era mi corazón antes. [JR identifica su vida sentimental con la evolución del remanso.]

29. Idilio de abril

¡Quién como tú, Platero, pudiera comer flores... y que no le hicieran daño!

30. El canario vuela

Un día, el canario verde, no sé cómo ni por qué, voló de su jaula. Anduvo toda la mañana entre los granados, en el pino, por las lilas. De pronto, y sin saber nadie cómo ni por qué, apareció en la jaula, otra vez alegre.

31. El demonio

De pronto, con un duro y solitario trote, aparece el burro. Un momento después, los chiquillos, tirándole rodrigones^(*) y piedras. Es negro, grande, viejo, huesudo –otro arcipreste-, tanto, que parece que se le va a agujerear la piel. Al verlo, Platero se viene a mí, y quiere esconderse en la cuneta, y huir, todo a un tiempo. El burro negro le da un rozón, le tira la albarda, lo huele, rebuzna contra el muro del convento y se va trotando... Es, en el calor, un momento extraño de escalofrío. –Platero; yo creo que ese burro no es un burro.

(*) Caña o estaca que se clava al pie de una planta para mantenerla derecha

32. Libertad

Unos muchachos traidores le tenían puesta una red a los pájaros. El triste reclamillo se levantaba hasta su pena, llamando, sin querer, a sus compañeros del cielo. Batí palmas, canté, grité. Y los pájaros se fueron a otro pinar entre las lejanas maldiciones de los chiquillos violentos.

33. Los húngaros

Míralos, Platero, tirados en todo su largor, como tienden los perros cansados el mismo rabo, en el sol de la acera. La muchacha, estatua de fango, derramada en su abundante desnudez de cobre entre el desorden de sus andrajos (...) sus manos negras como el fondo de un puchero. La chiquilla, pelos toda, pinta en la pared, con cisco, alegorías obscenas. El chiquillo se orina en su barriga, llorando por gusto. El hombre y el mono se rascan, aquél la greña y éste las costillas.

34. La novia

De pronto, Platero yergue las orejas, dilata las levantadas narices. Está respirando largamente no sé qué honda esencia que debe transirle el corazón. Sí. Ahí tiene ya a la amada. Y dobles rebuznos desbaratan la hora luminosa. He tenido que contrariar los instintos amables de mi pobre Platero. La novia del campo lo ve pasar, triste como él. Y Platero trota indócil, intentando a cada instante volverse, con un reproche: -Parece mentira...

35. La sanguijuela

Platero está echando sangre por la boca. Tose y va despacio, más cada vez. Sin duda una sanguijuela se le ha agarrado a la lengua o al cielo de la boca. [Raposo, el aperador, lo ayuda a quitársela.]

36. Las tres viejas

[JR se cruza en el camino con tres viejas, una de ellas ciega.]
Oye qué lamentables palabras van diciendo. Son gitanas.

37. La carretilla

En el arroyo grande, nos encontramos, atascada, una vieja carretilla, perdida toda bajo su carga de hierba y de naranjas. Una niña, rota y sucia, lloraba sobre una rueda, queriendo ayudar con el empuje de su pechillo en flor al borricuelo, más pequeño y más flaco que Platero. Acaricié a Platero y lo enganché a la carretilla. Le obligué con un cariñoso imperio, y Platero, de un tirón, sacó carretilla y rucio del atolladero. ¡Qué sonreír el de la chiquilla! Con su llorosa alegría, me ofreció dos escogidas naranjas. Las tomé, agradecido, y le di una al borriquillo débil, como dulce consuelo; otra a Platero, como premio áureo.

38. El pan

Moguer es igual que un pan de trigo, blanco por dentro y dorado en torno. A mediodía, el pueblo entero empieza a humear y oler a pino y a pan calentito. A todo el pueblo se le abre la boca. Los panaderos llegan trotando en sus caballos. Se oye el duro ruido tierno de los cuarterones. Y los niños pobres llaman a las cancelas y lloran largamente hacia adentro: ¡Un poquito de paaan!...

39. Aglae^(*)

¡Qué guapo estás hoy, Platero! Platero, avergonzado un poco de verse así, viene a mí, lento, mojado aún de su baño, tan limpio que parece una muchacha desnuda. Aglae, la donadora de bondad y de hermosura, mira la escena sonriente.

(*) La más joven y bella de las Cárites (Gracias). Su nombre significa "la resplandeciente". Simboliza la inteligencia y la creatividad. También llamada Aglaya.

40. El pino de la Corona

A donde quiera que llego -ciudad, amor, gloria- me parece que llego a su plenitud verde y derramada. Él es el faro rotundo y claro en los mares difíciles de mi sueño. ¡Qué fuerte me siento siempre que reposo bajo su recuerdo! Es lo único que no ha dejado, al crecer yo, de ser grande, lo único que ha sido mayor cada vez. Cuando, en el descuido de mis pensamientos, las imágenes arbitrarias se colocan donde quieren, el pino de la Corona se me presenta llamándome a descansar a su paz, como el término verdadero y eterno de mi viaje por la vida.

41. Darbón

Darbón, el médico de Platero, es grande como el buey pío, rojo como una sandía. No le queda muela ni diente. Masca con las encías. Cuando habla, le faltan notas; otras veces, en lugar de palabra, le sale un escape de aire. Si ve una flor o un pajarillo, se ríe de pronto con una gran risa sostenida que acaba siempre en llanto. Luego, mira largamente del lado del cementerio viejo: -Mi niña, mi pobrecita niña...

42. El niño y el agua

Ya la mañana tiene calor de siesta y la chicharra sierra su olivo.

[Un niño juega con el agua de una fuente] y el agua le pone en la palma un tembloroso palacio de frescura y de gracia. -Platero, no sé si entenderás o no lo que te digo: pero ese niño tiene en su mano mi alma.

43. Amistad

Nos entendemos bien. Yo le dejo ir a su antojo, y él me lleva siempre adonde quiero. Yo trato a Platero cual si fuese un niño. Lo beso, lo engaño, lo hago rabiarse... Es tan igual a mí, tan diferente a los demás, que he llegado a creer que sueña mis propios sueños. Platero se me ha rendido como una adolescente apasionada. De nada protesta. Sé que soy su felicidad. Hasta huye de los burros y de los hombres... (*)

(*) El capítulo "La novia" lo contradice.

44. La arrulladora

La chiquilla del carbonero, bonita y sucia cual una moneda, bruñidos los negros ojos y reventando sangre los labios prietos entre la tizne, está a la puerta de la choza durmiendo al hermanito. Platero (...) se adormila igual que un niño.

45. El árbol del corral

Esta acacia que yo mismo sembré era, mientras viví en esta casa, hoy cerrada, el mejor sostén de mi poesía. Cualquiera rama suya, engalanada de esmeralda por abril o de oro por octubre, refrescaba mi frente como la mano más pura de una musa. En todo este tiempo, la primavera la ha ido formando a su capricho, fuera del agrado de mi sentimiento. No, no puedo mirar ya en esta fusión de la acacia y el ocaso, mi lira colgada. Y aquí, a donde tantas veces vine de la vida, con la ilusión de soledad musical, estoy mal y quiero irme, como entonces del casino, de la botica o del teatro.

46. La tísica

Le había mandado el médico salir al campo; pero la pobre no podía. Yo le ofrecí a Platero para que diese un paseíto. Subida en él, ¡qué risa la de su aguda cara de muerta, toda ojos negros y dientes blancos! Iba Platero despacio, como sabiendo que llevaba encima un frágil lirio de cristal fino. La niña, con su hábito de la Virgen de Montemayor, parecía un ángel que cruzaba el pueblo, camino del cielo del sur.

47. El Rocío

Me lo llevé, guapo y lujoso, a que piropear a las muchachas por la calle de la Fuente. Pasaron, primero, en burros, mulas y caballos ataviados a la moruna, las alegres parejas de novios, ellos alegres, valientes ellas. El rico y vivo tropel iba, volvía, se alcanzaba incesantemente en una locura sin sentido. Seguía luego el carro de los borrachos, estrepitoso, agrio y trastornado. Detrás, las carretas con las muchachas, morenas, duras y floridas, repicando panderetas y chillando sevillanas. Y el mayordomo -¡Viva la Virgen del Rocío! ¡Viva!-. Al fin, mansamente tirado por dos grandes bueyes píos, el Sin Pecado, todo en flor, como un cargado jardín mustio. Platero, entonces dobló sus manos, y, como una mujer, se arrodilló.

48. Ronsard

[Bajo un pino, JR lee a Pierre de Ronsard (1524-1585), poeta francés, renovador de la lírica de su país, con el movimiento literario de la Pleyade.]

49. El tío de las vistas

[Un viejo llega al pueblo tocando el tambor. Por una perra, los chiquillos pueden mirar a través de una lente y ver al general Prim, el puerto de Barcelona, el castillo de La Habana.] Platero mete su cabezota por entre las de los niños, por jugar.

50. La flor del camino

¡Qué pura, Platero, y qué bella esta flor del camino! Cada día (...) consiente el robo de una abeja o el voluble adorno de una mariposa.

51. Lord

No sé si tú, Platero, sabrás ver una fotografía. Yo se las he enseñado a algunos hombres del campo y no veían nada en ella. Pues éste es Lord, el perrillo foxterrier de que a veces te he hablado. Vino de Sevilla cuando yo estaba allí pintando. Era blanco, pleno como un muslo de dama, redondo e impetuoso como el agua en la boca de un caño. Sus ojos brillantes eran dos breves inmensidades de sentimientos de nobleza. Cuando se murió mi padre, pasó toda la noche velándolo junto a la caja. Una vez que mi madre se puso mala, se echó a los pies de su cama y allí se pasó un mes sin comer ni beber. Vinieron a decir un día a mi casa que un perro rabioso lo había mordido. Hubo que llevarlo a la bodega del Castillo y atarlo allí al naranjo. La mirada que dejó atrás por la callejilla cuando se lo llevaban sigue agujereando mi corazón como entonces.

52. El pozo

¡El pozo!... ¡Qué palabra tan honda, tan verdinegra, tan fresca, tan sonora! Por el pozo se escapa el alma a lo hondo. Se ve por él como el otro lado del crepúsculo. Y parece que va a salir de su boca el gigante de la noche, dueño de todos los secretos del mundo. Si algún día me echo a este pozo, no será por matarme, sino por coger más pronto las estrellas.

53. Albérchigo

Por el callejón de la Sal, lentos, vienen niño y burro. De vez en cuando, el chiquillo, ahuecando la voz con la mano, canta duramente: “¡Albéerchigo!” Luego cual si la venta le importase un bledo, torna a su ensimismado canturreo gitano.

54. La coz

[Platero trota entre caballos cuando recibe la coz de un potro, asustado por el sonido de algo como un disparo. JR le cura una mano, que sangra.] -¿Ves –le suspiré- que tú no puedes ir a ninguna parte con los hombres?

55. Asnografía

Leo en un Diccionario: *Asnografía: se dice, irónicamente, por descripción del asno.* ¡Pobre asno! Tan bueno, tan noble, tan agudo como eres! Irónicamente... ¿Ni una descripción sería mereces, tú, cuya descripción cierta sería un cuento de primavera? ¡Si al hombre que es bueno debieran decirle asno! ¡Si al asno que es malo debieran decirle hombre! Irónicamente... De ti, tan intelectual, amigo del viejo y del niño, del arroyo y de la mariposa, del sol y del perro, de la flor y de la luna, paciente y reflexivo melancólico y amable, Marco Aurelio^(*) de los prados. He puesto al margen del libro: *Asnografía: se debe decir, con ironía, ¡claro está!, por descripción del hombre imbécil que escribe Diccionarios.*

(*) Emperador y filósofo romano (121-180).

56. Corpus

[Descripción de la procesión del Corpus.] Platero rebuzna, y el rebuzno se le endulza, altivo, y, rastrero, se le diviniza.

57. Paseo

Por los hondos caminos del estío, colgados de tiernas madreselvas, ¡cuán dulcemente vamos! Yo leo, o canto, o digo versos al cielo. Platero mordisquea la hierba escasa de los vallados en sombra. Está parado más tiempo que andando. Yo lo dejo. Cuando se oye el hierro alegre y fresco de la noria, Platero rebuzna y retoza alegremente. ¡Qué sencillez placer diario! Ya en la alberca, yo lleno mi vaso y bebo

aquella nieve líquida. Platero sume en el agua umbría su boca, y bebotea^(*), aquí y allá, en lo más limpio, avaramente.

(*) No en el DRAE.

58. Los gallos

[JR asiste a una pela de gallos.] No sé a qué comparar el malestar aquel... ¿A qué iba yo allí o quién me llevaba? Olía a vino nuevo, a chorizo de regüeldo, a tabaco... Estaba el diputado, con el alcalde, el Litri, ese torero gordo y lustroso de Huelva. Y en el rayo ancho del alto sol, los pobres gallos ingleses, dos monstruosas y agrias flores carmines, se despedazaban, cogiéndose los ojos, clavándose los odios de los hombres, rajándose del todo con los espolones con limón... o con veneno. No hacían ruido alguno ni veían, ni estaban allí siquiera... Pero y yo, ¿por qué estaba allí y tan mal? No sé... Y, sin embargo, no me iba...

59. Anochecer

En el recogimiento pacífico y rendido de los crepúsculos del pueblo las viudas piensan en los muertos, que duermen tan cerca, detrás de los corrales, y en el misterio de las puertas sin luz, se habla de unos hombres que “sacan el unto a los niños para curar a la hija del rey, que está hética”.

60. El sello

[En el colegio, JR envidia a un amigo porque tiene un sello con el que puede imprimir su nombre en libros, paredes, carne... Un día, por fin, JR tiene su propio sello.] Al día siguiente, con qué prisa alegre llevé al colegio todo, libros, blusa, sombrero, botas, manos, con el letrero: Juan Ramón Jiménez / Moguer.

61. La perra parida

Dorada y blanca, como un poniente anubarrado de mayo. Parió cuatro perritos, y Salud, la lechera, se los llevó a su choza porque se le estaba muriendo un niño y don Luis le había dicho que le diera caldo de perritos. Dicen que la perra anduvo como loca todo aquel día. Cuatro veces fue y vino la perra durante la noche, y cada una se trajo a un perrito en la boca. Y al amanecer estaba la perra en el umbral mirando dulcemente a su amo, con todos los perritos agarrados a sus tetillas rosadas y llenas.

62. Ella y nosotros

Acaso ella se iba en aquel tren negro y soleado. Yo estaba abajo, en el trigo amarillo y ondeante, goteado todo de sangre de amapolas. Las nubecillas de vapor celeste entristecían un momento el sol y las flores, rodando vanamente hacia la nada. ¡Breve cabeza rubia, velada de negro!

63. Gorriones

La mañana de Santiago está nublada de blanco y gris, como guardada en algodón. Todos se han ido a misa. Nos hemos quedado en el jardín los gorriones, Platero y yo. ¡Los gorriones! Este cae sobre una rama, se va y la deja temblando; el otro se bebe un poquito de cielo en un charquillo del brocal del pozo. ¡Benditos pájaros sin fiesta fija! Con la libre monotonía de lo verdadero, nada les dicen aquellas campanas. Sin esos olimpos y esos avernos que extasían o amedrentan a los pobres hombres esclavos, sin más moral que la suya, ni más Dios que lo azul, son mis hermanos. Un alegre ejemplo de amor sin rito.

64. Frasco Vélez

[FV, alcalde de Moguer, ha hecho público un bando advirtiendo de la existencia de perros rabiosos, aunque quizá sean otros sus motivos.]

65. El verano

Platero va chorreando sangre de las picaduras de los tábanos. La chicharra sierra un pino. Una calima que asfixia, enyesa los pinos chatos. Cuando llegamos a la sombra del nogal grande, rajo dos sandías. Platero se bebe la carne de azúcar de la suya.

66. Fuego en los montes

[Hay fuego en el campo de Lucena, pueblo vecino.] La noche de agosto es alta y parada, y se diría que el fuego está ya en ella para siempre. Estoy conmigo... [Mención de "Pepe el Pollo –Oscar Wilde, noguereño".]

67. El arroyo

[Un arroyo seco le hace recordar.] ¡Qué encanto este de las imaginaciones de la niñez! Se mira todo y no se ve, más que como estampa momentánea de la fantasía.

68. Domingo

Todos se han ido al pueblo para ver la procesión. ¡Qué paz! ¡Qué pureza! ¡Qué bienestar! Es la soledad como un gran pensamiento de luz.

69. El canto del grillo

El primer canto del grillo, en el crepúsculo, es vacilante, bajo, áspero. Muda de todo, aprende de sí mismo y, poco a poco, va poniéndose en su sitio. De pronto, ya las estrellas en el cielo verde y transparente, cobra el canto un dulzor melódico de cascabel libre. El canto del grillo se exalta, llena todo el campo, es cual la voz de la sombra.

70. Los toros

Todo el pueblo está conmovido con la corrida. La banda toca desde el alba, rota ya y desentonada, ante las tabernas. Los patios quedan sin flores para las presidentas. Da pena ver a los muchachos andando torpemente por las calles, oliendo a cuadra y a aguardiente. A eso de las dos, Platero, en ese hueco claro del día, mientras diestros y presidentas se están vistiendo, tú y yo saldremos por la puerta falsa y nos iremos al campo, como el año pasado... ¡Qué hermoso el campo en estos días de fiesta en que todos lo abandonan! A lo lejos sube sobre el pueblo el redondo vocerío, las palmas, la música de la plaza de toros, que se pierden a medida que uno se va, sereno, hacia la mar.

71. Tormenta

Miedo. Aliento contenido. Sudor frío. (No hay dónde escapar). Silencio... El amor se para. Tiembla la culpa. El remordimiento cierra los ojos. Más silencio... El trueno, sordo, retumbante, interminable, como una enorme carga de piedra que cayera del cenit al pueblo, recorre la mañana desierta. (No hay por dónde huir). Todo lo débil – flores, pájaros- desaparece de la vida. Tímido, el espanto mira, por la ventana entreabierta, a Dios, que se alumbró trágicamente. ¡Ángelus! Un Ángelus duro y abandonado solloza entre el tronido. ¿El último Ángelus del mundo? Y se va de un lado a otro, y se llora, y no se sabe lo que se quiere... ¿Qué será de Platero, tan solo en la indefensa cuadra del corral?

72. Vendimia

Este año, ¡qué pocos burros han venido con uva! ¿Dónde están aquellos burros de Lucena, de Almonte, de Palos, cargados de oro líquido, prieto, chorreante? Corría el mosto por las calles, y las mujeres y los niños llenaban cántaros, orzas, tinajas. Veinte lagares pisaban día y noche. Este año, todos están con las ventanas tabicadas y basta y sobra con el del corral.

73. Nocturno

Del pueblo en fiesta vienen agrios valeses nostálgicos en el viento suave. El campo está solo con sus árboles y con la sombra de sus árboles. Platero, desde la tibieza de su cuadra, rebuzna tristemente. Es la noche tan clara, que las flores del jardín se ven de su color, como en el día. En la fragante penumbra celeste, móvil y dorada, escucho mi hondo corazón sin par.

74. Sarito

Las mujeres me dijeron que un negrito preguntaba por mí. Era Sarito, el criado de Rosalina^(*), mi novia puertorriqueña. Se había escapado de Sevilla para torear por los pueblos. Los vendimiadores lo acechaban de reajo, en un mal disimulado desprecio. Yo le sonreía y le hablaba afable. Sarito, no atreviéndose a acariciarme a mí mismo, acariciaba a Platero.

(*) Rosalina Brau, hija del historiador y poeta puertorriqueño Salvador Brau.

75. Última siesta

[JR despierta bajo una higuera y se vuelve a amodorrar.]

76. Los fuegos

Para septiembre, en las noches de velada, quemaban los fuegos. Primero eran sordos estampidos enanos; luego, cohetes sin cola; y otros cuyo esplendor caía como una doncellez desnuda que se doblara de espadas, como un sauce de sangre que gotease flores de luz. ¡Oh, qué faisanes de fuego por jardines de estrellas! Platero, cada vez que sonaba un estallido, se estremecía. Cuando, como remate, subía al cielo constelado la áurea corona giradora del castillo, poseedora del trueno gordo, que hace cerrar los ojos y taparse los oídos a las mujeres, Platero huía entre las cepas, como alma que lleva el diablo, rebuznando enloquecido.

77. El vergel

Como hemos venido a la capital, he querido que Platero vea El Vergel. Cuando voy a entrar, me dice el hombre azul que lo guarda: “Er burro no pué'ntrá, zeñó”. Como Platero no puede entrar por ser burro, yo, por ser hombre, no quiero entrar, y me voy de nuevo con él, acariciándole y hablándole de otra cosa.

78. La luna

Platero acababa de beberse dos cubos de agua con estrellas en el pozo del corral. Yo le aguardaba en la puerta, envuelto en la tibia fragancia de los heliotropos. El campo lejano mandaba un fuerte aliento de pinos. Una gran nube negra, como una gigantesca gallina que hubiese puesto un huevo de oro, puso la luna sobre una colina. Platero sacudía, con un duro ruido blando, una oreja.

79. Alegría

Platero juega con Diana, con la vieja cabra gris, con los niños... ¡Claros tardes del otoño moguereno!

80. Pasan los patos

En la noche serena, se oye un incesante pasar de claros silbidos. Son los patos. Van tierra adentro, huyendo de la tempestad marina.

81. La niña chica

La niña chica era la gloria de Platero. Ella, en una confianza ciega, pasaba una vez y otra bajo él, y le pegaba pataditas, y le dejaba la mano en aquella boca rosa, almenada de grandes dientes amarillos; o, cogiéndole las orejas, lo llamaba con todas las variaciones mimosas de su nombre: ¡Platero! ¡Platerón! ¡Platerillo! ¡Platerete! ¡Platerucho! En los largos días en que la niña navegó en su cuna alba, río abajo, hacia la muerte, ella, en su delirio, lo llamaba triste. ¡Plateriillo! ¡Qué lujo puso Dios en ti, tarde del entierro! Desde el cementerio, ¡cómo resonaba la campana de vuelta en el ocaso abierto, camino de la gloria!

82. El pastor

[En el ocaso, pasa un pastor.] “Zeñorito, zi eze gurro jueva mío”. Yo le daría el burro... Pero, ¿qué iba yo a hacer sin ti, Platero?

83. El canario se muere

El canario de los niños ha amanecido hoy muerto en su jaula de plata. ¿Habrá un paraíso de los pájaros? A la noche, lo enterraremos en la tierra del rosal grande. A la primavera, hemos de ver al pájaro salir del corazón de una rosa blanca. El aire fragante se pondrá canoro, y habrá por el sol de abril un errar encantado de alas invisibles y un reguero secreto de trinos claros de oro puro.

84. La colina

¿No me has visto nunca echado en la colina, romántico y clásico a un tiempo? En ella he leído cuanto he leído y he pensado todos mis pensamientos.

85. El otoño

Ya el sol empieza a sentir pereza de salir de sus sábanas, y los labradores madrugan más que él.

86. El perro atado

La entrada del otoño es para mí un perro atado, ladrando limpia y largamente, en la soledad de un corral, de un patio o de un jardín. Dondequiera que estoy, oigo siempre, en estos días ese perro atado, que ladra al sol del ocaso. Su ladrido me trae, como nada, la elegía.

87. La tortuga griega

Nos la encontramos mi hermano y yo volviendo del colegio por la callejilla. La cogimos, asustados, con la ayuda de la mandadera. De niños hicimos con ella algunas perrerías; la columpiábamos en el trapecio; le echábamos a Lord; la teníamos días enteros boca arriba... Una vez, el Sordito le dio un tiro para que viéramos lo dura que era. Rebotaron los plomos y uno fue a matar a un pobre palomo blanco... Pasan meses y meses sin que se la vea. Un día aparece en el carbón. Otro, en el caño. Lo que más le gusta es el tomate.

88. Tarde de octubre

Han pasado las vacaciones y los niños han vuelto al colegio. Soledad. Las lumbres del ocaso prenden las últimas rosas, y el jardín huele todo a rosas quemadas. Silencio. Platero, aburrido como yo, no sabe qué hacer.

89. Antonia

El arroyo tenía tanta agua... ¿Por dónde iba a pasarlo Antoñilla? Entonces yo le ofrecí a Platero, galante. Al hablarle yo, Antoñilla se encendió toda. Luego se echó a reír contra un árbol... Al fin se decidió. Corrió un punto y, ágil como una galga, se escarranchó sobre Platero, dejando colgadas a un lado y otro sus duras piernas que redondeaban, en no sospechada madurez, los círculos rojos y blancos de las medias bastas. Platero lo pensó un momento, y, dando un salto seguro, se clavó en la otra orilla... Olía a lirio, a agua, a amor. Cual una corona de rosas con espinas, el verso que Shakespeare hizo sentir a Cleopatra, me ceñía, redondo, el pensamiento: *O happy horse, to bear the weight of Antony*. ¡Platero! –le grité, al fin, iracundo, violento y desentonado...

90. El racimo olvidado

Después de las largas lluvias de octubre, en el oro celeste del día abierto, nos fuimos todos a las viñas. ¡Qué encanto del campo renovado! En una cepa vieja, encendía el picante sol un claro y sano racimo de ámbar, brillante como la mujer en su otoño. Tenía el racimo cinco grandes uvas. Le di una a Victoria, una a Blanca, una a Lola, una a Pepa^(*). La última a Platero.

(*) Sobrinas de JR, hijas de su hermana Victoria.

91. Almirante

[Evocación de su caballo Almirante.] Una tarde de invierno vino a mi casa monsieur Dupont. Dejó sobre el velador de la salita unos billetes [y se lo llevó]. No sé cuántos días tuve el corazón encogido. Hubo que llamar al médico y me dieron bromuro y éter y no sé qué más, hasta que el tiempo, que todo lo borra, me lo quitó del pensamiento, como me quitó a Lord y a la niña.

92. Viñeta

Los pájaros frioleros se van al Moro. La más leve ráfaga de viento desnuda ramas enteras de sus últimas hojas amarillas. La estación convida a mirarnos el alma.

93. La escama

Desde la calle de la Aceña, Moguer es otro pueblo. Allí empieza el barrio de los marineros. La gente habla de otro modo, con imágenes libres y vistosas. Granadilla es de la calle del Coral. Cuando viene algún día a casa, deja la cocina vibrando de su viva charla gráfica. Cuenta de Cádiz, de Tarifa y de la Isla; habla de tabaco de contrabando, de telas de Inglaterra, de medias de seda, de plata, de oro... Luego sale taconeando y contoneándose, ceñida su figulina^(*) ligera y rizada en el fino pañuelo negro de espuma... Las criadas se quedan comentando sus palabras de colores. Veo a Montemayor mirando una escama de pescado contra el sol... Cuando le pregunto qué hace, me responde que es la Virgen del Carmen, que se ve, con su manto abierto y bordado, en la escama; que es verdad, que se lo ha dicho Granadilla.

(*) Estatuilla de cerámica; del latín *figulinus*, alfarero.

94. Pinito

[Un chiquillo dice de JR que es] ¡maj tonto que Pinitooo!

Casi se me había olvidado quién era Pinito. Quizás iba corriendo casi en cueros por la calle Nueva, en una mañana de agua, apedreado por los chiquillos. ¡Qué daría yo por haber hablado una vez sola con Pinito! El pobre murió de una borrachera cuando yo era niño. Pero, ¿sería tonto? Muerto él sin saber yo cómo era, según ese chiquillo yo soy más tonto que Pinito.

95. El río

Mira cómo han puesto el río entre las minas, el mal corazón y el padrastreo^(*). Por su cauce casi sólo pueden ir barcas de juguete. ¡Qué pobreza! Antes, los barcos grandes de los vinateros, laúdes, bergantines, faluchos, ponían sobre el cielo de San Juan la confusión alegre de sus mástiles... El cobre de Ríotinto lo ha envenenado todo.

(*) No en el DRAE.

96. La granada

¡Qué hermosa esta granada! Ninguna fruta me hace pensar, como ésta, en la frescura del agua que la nutre. ¡Qué grato gusto amargo y seco el de la difícil piel, dura y agarrada como una raíz a la tierra. Ahora, el primer dulzor, aurora hecha breve rubí, de los granos que se vienen pegados a la piel. Ahora, el núcleo apretado, sano completo, con sus velos finos, el exquisito tesoro de amatistas comestibles, jugosas y fuertes, como el corazón de no sé qué reina joven. ¡Granada, fruta de Moguer, gala de su escudo!

97. El cementerio viejo

[JR lleva a Platero al cementerio para hablarle de los muertos.] Aquí está la niña, aquel nardo que no pudo con sus ojos negros... Y aquí, Platero, está mi padre.

98. Lipiani

[Cada jueves, Lipiani lleva al campo a los niños de la escuela.] El pobre Lipiani, con el pretexto de la hermandad en Dios, hace que cada niño reparta con él su merienda, y así se come trece mitades él solo.

99. El Castillo

Me gusta venir por aquí, porque desde esta cuesta en soledad se ve bien el ponerse el sol y nadie nos estorba, ni nosotros inquietamos a nadie. Este es el nocturno campo de amor de la Colilla y de su hija^(*), esas buenas mozas blancas, iguales casi, vestidas siempre de negro.

(*) Dos prostitutas.

100. La plaza vieja de toros

Una vez más pasa por mí, en incogible ráfaga, la visión aquella de la plaza vieja de toros que se quemó una tarde... yo no sé cuándo. Ni sé tampoco cómo era por dentro. Guardo una idea de haber visto -¿o fue en una estampa de las que venían en el chocolate?- unos perros chatos echados al aire por un toro negro.

101. El eco

El paraje es tan solo, que parece que siempre hay alguien por él. En las praderas, una charca coge pedazos de cielo amarillo, verde, rosa, ciega casi por las piedras que desde lo alto tiran los chiquillos a las ranas. Aumentando mi boca con mis manos, he gritado contra la roca: ¡Platero! La roca, con respuesta seca, endulzada un poco por el contagio del agua próxima, ha dicho: ¡Platero! Platero me ha mirado, ha mirado a la roca y, remangando el labio, ha puesto un interminable rebuzno contra el cenit. La roca ha rebuznado larga y oscuramente con él. Entonces, Platero se ha cerrado como un día malo, ha empezado a dar vueltas, queriendo romper la cabezada, huir, dejarme solo, hasta que me lo he ido trayendo con palabras bajas, y poco a poco su rebuzno se ha ido quedando sólo en su rebuzno.

102. Susto

Era la comida de los niños. Las niñas comían como mujeres; los niños discutían como algunos hombres. Al fondo, dando el pecho blanco al pequeñuelo, la madre, joven, rubia y bella, los miraba sonriendo. [La cabeza de Platero asomada a la ventana, asusta a los niños. ¿O fue la cabeza fisgona y lúbrica de JR?]

103. La fuente vieja

Blanca siempre sobre el pinar siempre verde; rosa o azul, siendo blanca, en la aurora; de oro o malva en la tarde, siendo blanca; verde o celeste, siendo blanca, en la noche; la fuente vieja, Platero. En ella he visto el Partenón, la Pirámides, las catedrales todas. De ella fui a todo. De todo torné a ella.

104. Camino

¡Qué de hojas han caído la noche pasada! Parece que los árboles han dado una vuelta y tienen la copa en el suelo y en el cielo las raíces, en un anhelo de sembrarse en él.

105. Piñones

Ahí viene la chiquilla de los piñones. Voy a comprarle una perra gorda de piñones tostados. ¡Qué gusto tan bueno dejan en la boca los piñones tostados! ¡Dan un brío, un optimismo!

106. El toro huido

Cuando llego yo, con Platero, al naranjal, el sol aún no da oro al cielo incoloro y fúlgido. De pronto, un rápido rumor grande y redondo... El corazón late con un presentimiento de todo su tamaño. Me escondo, con Platero en la higuera vieja... Sí, ahí va. Un toro colorado pasa, dueño de la mañana, olfateando, mugiendo, destrozando por capricho lo que encuentra. Se para un momento y llena el valle, hasta el cielo, de un lamento corto y terrible.

107. Idilio de noviembre

Cuando, anochecido, vuelve Platero del campo con su blanda carga de ramas de pino para el horno, casi desaparece bajo la amplia verdura rendida. Su paso es menudo, unido, como el de la señorita del circo en el alambre... Parece que no anda. En punta las orejas, se diría un caracol debajo de su casa. Una fría dulzura malva lo nimba todo. Y la tierna humildad del burro cargado empieza a parecer divina...

108. La yegua blanca

Vengo triste, Platero... Pasando por la calle de las Flores, en el mismo sitio en que el rayo mató a los dos niños gemelos, estaba muerta la yegua blanca del Sordo. Purita me ha dicho que el Sordo la llevó esta mañana al moridero, harto ya de darle de comer. Ya sabes que la pobre era tan vieja y tan torpe. No veía, ni oía, ni apenas podía andar... A eso del mediodía la yegua estaba otra vez en el portal de su amo. Él, irritado, cogió un rodrigón y la quería echar a palos. No se iba. Entonces la pinchó con la hoz. Acudió la gente y entre maldiciones y bromas, la yegua salió, calle arriba, cojeando, tropezándose. Los chiquillos la seguían con piedras y gritos... Al fin, cayó al suelo y allí la remataron.

109. Cencerrada

Ya sabes que doña Camila es tres veces viuda y que Satanás [es] viudo también, aunque de una sola vez. [Su enlace da lugar a tres días de chacota con monigotes

alegóricos a la pareja.] Detrás, todos los chiquillos tocando latas, cencerros, peroles, almireces, gangarros^(*), calderos, en rítmica armonía.

(*) No en el DRAE. Es una campana que se cuelga del cuello de las reses; o sea, un cencerro.

110. Los gitanos

Ahí viene, calle abajo, en el sol de cobre, derecha, enhiesta, a cuerpo, sin mirar a nadie... ¡Qué bien lleva su pasada belleza, gallarda todavía, como en roble, el pañuelo amarillo de talle y la falda azul de volantes, lunareada^(*) de blanco! Va al Cabildo, a pedir permiso para acampar tras el cementerio. Ya recuerdas los tenduchos astrosos de los gitanos, con sus hogueras, sus mujeres vistosas, y sus burros moribundos. ¡Ya estarán temblando los burros de la Friseta, sintiendo a los gitanos! Yo estoy tranquilo por Platero, porque para llegar a su cuadra tendrían los gitanos que saltar medio pueblo.

(*) Lunarear no está en el DRAE, pero se entiende fácilmente que es llenar de lunares.

111. La llama

Acércate más, Platero. Ven... ¿No te gusta el fuego? No creo que mujer desnuda alguna pueda poner su cuerpo con la llamarada. ¿Qué cabellera suelta, qué brazos, qué piernas resistirían la comparación con estas desnudeces ígneas? El fuego es el universo dentro de casa. Estamos envueltos en danzas de oro y danzas de sombras. La casa toda baila, y se achica y se agiganta. Todas las formas surgen de él: ramas y pájaros, el león y el agua, el monte y la rosa. Nosotros mismos, sin quererlo, bailamos en la pared, en el suelo, en el techo.

112. Convalecencia

Desde la débil iluminación amarilla de mi cuarto de convaleciente, oigo pasar por la calle nocturna (...) niños que cantan, con cristal y plata, coplas de Navidad. El pueblo se siente envuelto en una humareda de castañas tostadas, en un vaho de establos, en un aliento de hogares en paz. Las campanas repican entre las estrellas. Contagiado, Platero rebuzna en su cuadra. Yo lloro, débil, conmovido y solo, igual que Fausto.

113. El burro viejo

No sé cómo irme de aquí, Platero, ¿quién lo deja ahí al pobre, sin guía y sin amparo? Ha debido salirse del moridero. Cojo de todas las patas, yo creo que no nos oye ni nos ve, ajeno a la belleza prodigiosa del día de invierno. ¡Qué traba la de la vejez! Ya lo ves... Lo he querido empujar y no arranca... Parece que la agonía lo ha sembrado en el suelo... Se va a morir de frío esta noche... No sé cómo irme de aquí; no sé qué hacer, Platero.

114. El alba

En las lentas madrugadas de invierno, pienso en el sol desde mi lecho mullido. Y pienso en lo que habría sido del pobre Platero si, en vez de caer en mis manos de poeta, hubiese caído en las de uno de esos carboneros, o en las de uno de esos gitanos astrosos que pintan los burros y les dan arsénico y les ponen alfileres en las orejas para que no se les caigan. Gracias a Dios, él tiene una cuadra tibia y blanda como una cuna, amable como mi pensamiento.

115. Florecillas

A mi madre. [Evocación de Mamá Teresa, abuela materna de JR.]

116. Navidad

Es tarde de Nochebuena, y un sol opaco y débil clarea apenas en el cielo crudo, con un indefinible amarillor^(*) en el horizonte de poniente. De pronto, [la hoguera.] ¡Oh la llama en el viento! ¡Campo, tibio ahora, de diciembre! ¡Invierno con cariño! ¡Nochebuena de los felices! Los niños del casero, que no tienen Nacimiento, se vienen alrededor de la candela, pobres y tristes, a calentarse las manos arrecidas, y cantan: Camina, María, camina, José...

(*) Sinónimo poco usado de *amarillez*.

117. La calle de la Ribera

Aquí, en esta casa grande, hoy cuartel de la guardia civil, nací yo. En esta esquina de la calle de las Flores (...) Después mi padre se fue a la calle Nueva, porque los marineros andaban siempre navaja en mano, porque los chiquillos rompían todas las noches la farola del zaguán y la campanilla...

118. El invierno

Dios está en su palacio de cristal. Quiero decir que llueve. Y las últimas flores que el otoño dejó obstinadamente prendidas a sus ramas exangües, se cargan de diamantes. En cada diamante, un cielo, un palacio de cristal, un Dios. Mira cuán bello es el arco iris que sale de la iglesia y muere a nuestro lado.

119. Leche de burra

[El ciego tiene una burra de la que saca leche para los] viejos fumadores, tísicos y borrachos.

120. Noche pura

Todos creen que tienen frío y se esconden en sus casas y las cierran. Nosotros, Platero, vamos a ir despacio, tú con tu lana y con mi manta, yo con mi alma, por el limpio pueblo solitario. ¡Qué fuerza de adentro me eleva, cual si fuera yo una torre de piedra tosca con remate de plata libre! ¡Mira cuánta estrella! Se diría el cielo un mundo de niños, que le están rezando a la tierra un encendido rosario de amor ideal.

121. La corona de perejil

El premio era un libro de estampas. -¡A ver quién llega antes a las violetas!... Salieron las niñas corriendo, en un alegre alboroto blanco y rosa. Platero, que holgazaneaba por allí, contagiado del juego, se unió a ellas en su vivo correr. Platero llegó a las violetas antes que ninguna. Les dije que el libro, como Platero no sabía leer, se quedaría para otra carrera de ellas, pero que a Platero había que darle un premio. Entonces, cogiendo un poco de perejil, hice una corona, y se la puse en la cabeza, honor fugaz y máximo, como a un lacedemonio.

122. Los Reyes Magos

¡Qué ilusión, esta noche, la de los niños! Pusimos en el balcón, entre las cidras, los zapatos de todos. Ahora, Platero, vamos a vestirnos (...) con sábanas y colchas y sombreros antiguos. Y a las doce pasaremos en cortejo de disfraces y de luces, tocando almireces, y trompetas. [Yo] seré Gaspar. Los niños, despertados de pronto, se asomarán en camisa a los cristales, temblorosos y maravillados.

123. Mons-urium

Colón no me da demasiado bienestar. Que si paró en mi casa; que si comulgó en Santa Clara... Y ya sabes los dos regalos que nos trajo de América [el tabaco y la sífilis]. Los que me gusta sentir bajo mí, como una raíz fuerte, son los romanos. No

olvidaré nunca el día en que, muy niño, supe este nombre: Mons-urium. Se me ennobleció de pronto el Monturrio y para siempre. Me encontré de pronto como sobre un tesoro inextinguible. Moguer, Monte de oro, Platero; puedes vivir y morir contento.

124. Vino

Moguer es como una caña de cristal grueso y claro, que espera todo el año su vino de oro. Llegado septiembre, si el diablo no agua la fiesta, se colma esta copa y se derrama casi siempre como un corazón generoso.

125. La fábula

Desde niño tuve un horror instintivo al apólogo, como a la iglesia, a la guardia civil, a los toreros y al acordeón. Los pobres animales, a fuerza de hablar tonterías por boca de los fabulistas, me parecían odiosos. Luego, cuando vi en los circos animales amaestrados, la fábula, que había quedado en el olvido de la escuela dejada, volvió a surgir como una pesadilla desagradable de mi adolescencia. Un fabulista, Jean de La Fontaine, me reconcilió con los animales parlantes; y un verso suyo, a veces, me parecía voz verdadera del grajo, de la paloma o de la cabra. Pero siempre dejaba sin leer la moraleja, ese rabo seco, esa ceniza, esa pluma caída del final.

126. Carnaval

¡Qué guapo está hoy Platero! Es lunes de Carnaval, y los niños, que se han disfrazado vistosamente de toreros, de payasos y de majos, le han puesto el aparejo moruno, todo bordado de recargados arabescos. Unas mujeres, vestidas de locas, han cogido a Platero en medio de su corro bullanguero y, unidas por las manos, han girado alegremente en torno de él. Platero, indeciso, yergue las orejas y, como un alacrán cercado por el fuego, intenta, nervioso, huir por doquiera. Pero, como es tan pequeño, las locas no le temen y siguen girando, cantando y riendo a su alrededor. Por fin, Platero, decidido igual que un hombre, rompe el corro y se viene a mí trotando y llorando. Como yo, no quiere nada con los Carnavales... No servimos para estas cosas.

127. León

Voy yo con Platero, lentamente, en esta calmosa tarde de febrero, cuando de pronto siento que alguien más está con nosotros. Al volver la cabeza, mis ojos se encuentran con la palabras: don Juan... Y León da una palmadita. [Lleva] bajo el brazo los relucientes platillos y me dice que a cada uno le concede Dios lo suyo. -Ya v'osté, don Juan, loj platiyo... El ijtrumento más difisi... El unquito que ze toca zin papé.

128. El molino de viento

[Evocación de una charca al pie de un circo. No hay mención explícita al molino del título, que sí aparece en la estampa 134.] Sí, las gitanas están y el miedo a los toros vuelve. Está también, como siempre, un hombre solitario -¿el mismo, otro?-, un Caín borracho que dice cosas sin sentido a nuestro paso... Está el abandono y está la elegía, pero ¡qué nuevo aquél, y ésta qué arruinada!

129. La torre

No, no puedes subir a la torre. Eres demasiado grande. ¡Si fuera la Giralda de Sevilla [a la que dicen que subió a caballo, con cetro y corona, San Fernando]! [Panorámica desde la torre parroquial de Santa María de la Granada.]

130. Los burros del arenero

Lentos, caídos, con su picuda y roja carga de mojada arena, en la que llevan clavada, como en el corazón, la vara de acebuche verde con que les pegan.

131. Madrigal

[Contemplación del vuelo de una mariposa.] En el rostro tuyo los ojos son el primer encanto, la estrella es el de la noche y la rosa y la mariposa lo son del jardín matinal.

132. La muerte

Encontré a Platero echado en su cama de paja, blandos los ojos y tristes. Lo acaricié hablándole y quise que se levantara... No podía... Lo acaricié de nuevo con ternura, y mandé venir a su médico... –Nada bueno, ¿eh? No sé qué contestó... Que el infeliz se iba... Que un dolor... Que no sé qué raíz mala... La tierra, entre la yerba... A medianoche, Platero estaba muerto. La barriguilla de algodón se le había hinchado como el mundo, y sus patas, rígidas y descoloridas, se elevaban al cielo. Por la cuadra en silencio revolaba una bella mariposa de tres colores.

133. Nostalgia

Platero, tú nos ves, ¿verdad? Sí, tú me ves. Y yo creo oír, sí, sí, yo oigo en el poniente despejado, endulzando todo el valle de las viñas, tu tierno rebuzno lastimero...

134. El borriquete

Puse en el borriquete de madera la silla, el bocado y el ronزال del pobre Platero, y lo llevé todo al granero grande, al rincón en donde están las cunas olvidadas de los niños. Por las vacaciones, los niños se van a jugar al granero. A veces se suben en el borriquete sin alma, y trotan por el prado de sus sueños: ¡Arre, Platero!

135. Melancolía

Esta tarde he ido con los niños a visitar la sepultura de Platero. –¡Platero, amigo! –le dije yo a la tierra-; si, como pienso, estás ahora en el prado del cielo y llevas sobre tu lomo peludo a los ángeles adolescentes, Platero, dime: ¿te acuerdas aún de mí? Y, cual contestando mi pregunta, una leve mariposa blanca, revolaba insistentemente, igual que un alma, de lirio en lirio.

[En otras ediciones, el simbolismo de la mariposa es explícito: "... y que me pareció metamorfoseada, la de la cuadra, el día de la muerte de Platero."]

136. A Platero en el cielo de Moguer

Dulce Platero trotón, burrillo mío, que llevaste mi alma tantas veces –¡sólo mi alma!– por aquellos hondos caminos de nopales, de malvas y de madreselvas; a ti este libro que habla de ti, ahora que puedes entenderlo. Va a tu alma, que ya paze en el Paraíso.

137. Platero de cartón

Platero, cuando, hace un año, salió por el mundo de los hombres un pedazo de este libro que escribí en memoria tuya, una amiga tuya y mía me regaló este Platero de cartón. ¿Lo ves desde ahí?

Madrid, 1915

138. A Platero, en su tierra

Un momento, Platero, vengo a estar con tu muerte. ¡Con qué alegría, qué bien te digo a ti estas cosas que nadie más que tú ha de saber! Tú, Platero, estás solo en el

pasado. Pero ¿qué más te da el pasado a ti que vives en lo eterno, que, como yo aquí, tienes en tu mano, grana como el corazón de Dios perenne, el sol de cada aurora?

Moguer, 1916